

EL DEBUT DE CIUDAD UNIVERSITARIA

Carlos Flores Marini

La celebración en la flamante Ciudad Universitaria de la ciudad de México del VIII Congreso Panamericano de Arquitectos, del 20 al 25 de octubre de 1952, constituyó el acto triunfal con el que el gobierno del presidente Miguel Alemán Valdés finalizaba su sexenio. Nada mejor que dicho acontecimiento, que reunió en nuestro país a más de 2000 arquitectos de todo el mundo, para inaugurar simbólicamente la obra magna. Como es frecuente, una cosa fue el acto oficial y otra la realidad. Los primeros alumnos llegaron dos años más tarde.

Visión de dos ciudades

Somos una generación nacida en el preludio de la Segunda Guerra Mundial, en un país en el que la etapa posrevolucionaria estaba en plena consolidación. Un México de bonanza y de “20 millones de mexicanos que no podían estar equivocados”. Con sombrero o sin él, como decía el anuncio de los sombreros Tardan que coronaba la azotea del edificio original de la Lotería Nacional. El Centro empezaba a resentir el abandono del barrio universitario. Con su traslado morían las casas de huéspedes y las fondas. También los consultorios y las pequeñas clínicas, los bufetes de abogados, los despachos de contadores y de arquitectos. Los que veníamos de la preparatoria universitaria éramos los que más extrañábamos el tráfico urbano. Los billares Argentina y los Dolores; la Bombi y la infaltable ida al cine Río, con el

célebre Palillo para entrar de gorra; el pasaje Savoy y el Cinelandia y, un poquito más allá, la calle del Órgano y nuestras primeras maldades.

En el sur, muy al sur, nacía la Ciudad Universitaria, bella e impoluta. Los famosos frontones, los campos deportivos y la alberca, nuestra querida alberca, formaron un todo con nuestra vida estudiantil, que habría de sustituir la lejanía del hogar. CU estaba lejos, muy lejos. Del Manacar para allá sólo había unas cuantas casas para los que veníamos en camión. Yo lo hacía desde la Alameda en el expreso Bellas Artes-Ciudad Universitaria, que no hacía paradas, lo que nos permitía una última cabeceada. Qué trabajo costaba llegar a las siete de la mañana. Todos luchábamos en los talleres de composición, tratando de captar los conceptos del diseño. Cuán lejos estábamos de imaginar que la Ciudad Universitaria sería el preludio a la desintegración y muerte del funcionalismo, dentro del cual todos fuimos formados. Atrás quedaba la Academia de San Carlos, donde pintores y escultores convivieron con los arquitectos largos 181 años. Adiós a la integración plástica que tuvo su estertor precisamente en la Ciudad Universitaria. Las aguadas y los históricos relevés de nuestros monumentos virreinales pasarían al olvido para ser sustituidos por las nítidas acuarelas, cuando más de San Ángel o Coyoacán. Los elegantísimos bailes de arquitectura ya no contaron con los murales del Hotentote y su decadencia fue preludio de su desaparición.





Aún hoy el recuerdo del desfile de perros de arquitectura y los cuadros de los cuales formamos parte, nos hace evocar un pasado que se fue para no volver. Hoy, cuando nos vemos peinando canas, se nos hace difícil pensar que desfiláramos pintados y en unas fachas difícilmente reconocibles. Todavía no sabíamos que la primera década de nuestro hacer profesional sería la de los paraboloides hiperbólicos, forma constructiva de efímera presencia en la arquitectura mundial, pero de indudable originalidad, que tuvo una singular muestra en CU, en el Pabellón de Rayos Cósmicos. ¿Recuerdan al país lleno de esas raras cubiertas que llamábamos paraguas, lo mismo en gasolineras que en locales, bodegas y centros comerciales? Efímera vida que tuvo una digna muerte en 1968 en la cubierta del Palacio de los Deportes. En contrapunto, el Pedregal de San Ángel se poblaba de nuevas arquitecturas. Nos maravillábamos con las losas despuntadas y los vidrios a hueso, sin apreciar el enorme valor funcional y plástico del estadio universitario y de los frontones. Alabados sean todos.

La Ciudad Universitaria está ya enclavada dentro de la ciudad de México y hoy recordamos a los 76 arquitectos que participaron en su realización, nueve de los cuales aún nos acompañan: Alfonso Liceaga, Manuel de la Colina, Ernesto Gómez Gallardo, Guillermo Rossell, Fernando Pineda, Pedro Ramírez Vázquez, Ramón Torres, Raúl Salinas Moro y Raúl Fernández. Un reconocimiento a todos ellos.

“He vuelto ahora al Pedregal y de repente he visto que allí se alzan los edificios de lo que será muy pronto quizás la universidad más grande del hemisferio”, dijo el escritor colombiano Germán Arciniegas. El largo proceso de gestación, iniciado por Justo Sierra, Ministro de Educación de Porfirio Díaz, culminaba el 21 de octubre de 1952 a las 9.00 hrs., cuando se inauguraron las exposiciones en la Biblioteca Central del VIII Congreso Panamericano de Arquitectos. Con ello daba inicio el primer día de sesiones en la Ciudad Universitaria. El Doctor (así está en los documentos) Miguel Alemán, reconocía la capacidad de los profesionales de la construcción

cuando en su alocución señalaba: “La preparación profesional y la reputación de que gozan los arquitectos, ingenieros y constructores a quienes se confiaron estas obras aseguran la solidez de estas construcciones que forman la Ciudad Universitaria de la ciudad de México... Y se manifiestan en la armonía, el carácter y la originalidad de su conjunto, así como en lo adecuado de cada edificio para lo que ha de servir”.

Todos los arquitectos famosos de América y los invitados de honor europeos, se dieron cita en la inauguración de las exposiciones en la Biblioteca Central ese día de octubre de 1952. Exposiciones que se distribuían por todos los edificios del *campus*. Era el debut de la Ciudad Universitaria, que

pronto albergaría 25,000 estudiantes¹. Por la tarde, a las 17.30 hrs., el Presidente de la República inauguraba el Estadio Olímpico. Lógicamente, la gran estrella del VIII Congreso era el arquitecto Carlos Lazo, Gerente General del Proyecto de la Ciudad Universitaria.

Como inicio de las actividades sociales y previo a la inauguración, que sería por la noche, los asistentes al Congreso realizaron una visita a los canales de Xochimilco.

Curiosamente, la comida se les ofreció en el restaurante Los Manantiales, modernizado con una techumbre de cubiertas alabeadas construida por Félix Candela, autor junto con Jorge González Reyna del Pabellón de Rayos Cósmicos en la misma Ciudad Universitaria, y donde propongo, como se verá al final de este artículo, la construcción del Museo de la Ciudad Universitaria.

El VIII Congreso fue inaugurado la noche del 20 de octubre en el Palacio de Bellas Artes, con la presencia del gabinete en pleno, así como de todo el cuerpo diplomático acreditado en nuestro país. Un evento cultural culminaba el sexenio de Miguel Alemán. Como primer acto se designó a Carlos Lazo como Presidente del VIII Congreso, quien expuso en su discurso inaugural cuál era *El papel del planificador y del arquitecto*. Con ello abría el debate al tema del Congreso: “La planeación y la arquitectura en los problemas sociales de América”, tema que continúa siendo prioritario ante las presiones demográficas de nuestra América.

Cabe resaltar que el primer acuerdo tomado por la delegación mexicana fue dar ingreso a los 40 arquitectos españoles que se encontraban en México —cumpliendo forzado destierro— como miembros del Colegio de Arquitectos y de la Sociedad de Arquitectos Mexicanos. Parecía una velada respuesta al

¹ Oficialmente, fue hasta el 20 de noviembre por la mañana, con un evento llamado “Día de la dedicación”, cuando se dio a conocer su terminación con un amplio programa y la alocución correspondiente Lic. Carlos Novoa, Presidente de Ciudad Universitaria de México, como señalaba el programa.

libro que la delegación española había hecho llegar a los congresistas sobre “50 años de Arquitectura Española”. No conozco el libro, pero supongo que se centraba en el modernismo catalán con amplia difusión de las obras de Gaudí, ignoradas en su momento por el mismo modernismo, pero que el gobierno de Franco terminaría por reconocer, ya que habían sido declaradas Patrimonio Nacional casi desde el momento mismo de su terminación, como sucedió con la casa Milá, la famosa Pedrera de Barcelona. Obviamente, México no se podía quedar atrás y también había hecho llegar a todos los asistentes el libro de Carlos Obregón Santacilia: “50 años de Arquitectura Mexicana”.

La intención de llevar a cabo el Congreso en México era clara. Obtener de los más renombrados arquitectos y críticos, comentarios y declaraciones laudatorias a la magna obra con que culminaba el sexenio. Todo era miel sobre hojuelas, hasta que el arquitecto Frank Lloyd Wright se expresó en forma despectiva del conjunto diciendo que eran *Cajas de zapatos sobre palitos*. La reacción oficial no se hizo esperar. Se les había invitado para alabar, no para criticar. La movilización del gobierno mexicano, tras bambalinas, se manifestó: Don Manuel Tello, Ministro de Relaciones Exteriores, habló con el embajador de Estados Unidos en México, William O’Dwyer. Como antecedente, el mismo O’Dwyer había alabado a la Ciudad Universitaria en una visita del cuerpo diplomático. Más aún, oficialmente la delegación de Estados Unidos había declarado: “Estamos maravillados con vuestra Ciudad Universitaria. ¡Cuánto hemos aprendido!” El colofón tuvo lugar al día siguiente, 23 de octubre, durante la recepción ofrecida por el presidente de la delegación de Estados Unidos, en la que Wright mencionó no



Edificios de las Facultades de Filosofía y Letras, Derecho y Economía (1950-52)

haber tenido oportunidad de platicar con los periodistas mexicanos y por tanto calificó “como no auténticas” las declaraciones publicadas. Se le pidió entonces que por escrito diera a conocer su impresión sobre la Ciudad Universitaria, a lo cual accedió, entregando una hoja con el siguiente texto: “La Ciudad Universitaria es un notabilísimo homenaje no sólo a México sino a la raza humana. Ella tiene fuerza suficiente para enaltecer a las Américas y obligarnos a reconocer la belleza de la cultura indígena. ¡Viva México!” Obviamente, Wright desapareció de la escena y argumentando un trabajo en Acapulco partió a ese puerto del Pacífico.



Torre de Rectoría, Ciudad Universitaria 1950-52 (con el mural de Siqueiros en proceso).



El último día del Congreso el tema en sesión plenaria fue sobre Ciudades Universitarias. Uno de los conferencistas fue Richard Neutra, nacido en Viena, naturalizado estadounidense desde 1929 y *catedrático* de las universidades de Princeton, Harvard y Columbia, quien dedicó la parte central de su ponencia a la Ciudad Universitaria de México y los problemas del mundo. Como primera impresión manifestaba que México no es tan sólo un país de hoy sino el país del mañana. Y al referirse a la Ciudad Universitaria decía: "Sin duda alguna la Ciudad Universitaria es y lo considero así, el más amplio y claro exponente de la dirección que parece haber tomado ya el movimiento arquitectónico mexicano. Me impresionó". Concluyó diciendo que "Ya pasó, acaso para siempre, la época de las *primadonas*. Si los arquitectos quieren cumplir la misión que les tiene reservada nuestra época han de hacer lo que están haciendo los arquitectos mexicanos: trabajar en equipo y comprender que una misión común, sólo en común podrá realizarse."

Carlos Raúl Villanueva, autor en 1944 de la Ciudad Universitaria de Caracas, dedicó un amplísimo comentario, del que extractamos: "La aportación más seria que se puede

hacer a la vida de las instituciones universitarias es no solamente dotarlas de los edificios y los elementos físicos para su desarrollo, sino particularmente darles el aire espiritual y facilitar las condiciones sociales para su superación. Es esta la empresa que viene a resolver la nueva Ciudad Universitaria. No es un mero traslado de alumnos e instrumental; es una modificación casi sustancial de lo universitario, lo que se ambiciona." Lejos estaba de imaginar que él y una pléyade de arquitectos, artistas, constructores y obreros mexicanos lo acompañarían volando, no sobre cornisas, como uno de sus famosos libros, sino hacia la cúspide del reconocimiento universal. La Ciudad Universitaria de Caracas, como la de México, está declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO.

El sábado 25 de octubre finalizaba el Congreso. El plenario, llevado a cabo en los frontones por todos alabados, culminaba con una comida en la nueva Terminal de Ferrocarriles, que con ello se inauguraba. Hoy, en esos terrenos se levantó la controvertida e inutilizable Megabiblioteca. Paradojas del destino. Así culminaban los cinco primeros días de una bebé que en el mes de octubre pasado cumplió 55 años.

Una reflexión final

La prensa nacional nos ha informado que todas las gestiones han tenido una feliz culminación y la Ciudad Universitaria de México ha sido declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad. Con esta Declaratoria la Ciudad Universitaria se convierte en el PARADIGMA DE LA ARQUITECTURA MEXICANA del siglo XX. Y merecen ser conocidos los pasos que llevaron a su gestación. Nos hace falta el Museo de la Ciudad Universitaria, que debe alojarse dentro del campus original, en el Pabellón de Rayos Cósmicos, un Frontón o cualquier otro sitio que decidan las autoridades universitarias. Lo importante es que se concrete. ☑

Carlos Flores Marini (Chihuahua, México, 1937). Arquitecto mexicano egresado de la UNAM, con estudios de postgrado en restauración de monumentos históricos en Italia. Fue director de Arquitectura del Instituto Nacional de Bellas Artes y coordinador del Festival del Caribe, realizado en Cancún en los años ochenta. Premio Nacional de Arquitectura (1996) y académico emérito de la Academia Nacional de Arquitectura. Es actualmente presidente de CARIMOS (Organización del Gran Caribe para los Monumentos y Sitios). Es miembro del Concepto Editorial de Archipiélago



Biblioteca Central con los murales de Juan O' Gorman y la estatua de Miguel Alemán